

– *Juan Cruz era un niño periodista que pensaba en columnas, y abría y cerraba la redacción del periódico cada día. ¿Conserva ese entusiasmo?*

– Fíjate que yo ahora soy igual. Me voy a las nueve de la noche del periódico y me despido de la gente como justificando que me vaya. Llego muy temprano, estoy todos los días pendiente. En eso no he cambiado. Pero hay otro dentro de mí que ha ido creciendo a lo largo del tiempo. Y con respecto al periodismo ese otro está muy entristecido. Yo creo que el periodismo ha desenchufado alguno de sus valores. Está en un estado convulso, como en una agonía inconsciente. Vive una pesadilla, pero cree que vive todavía parte de un sueño.

– *¿Cuáles son los males del periodismo de hoy?*

– El cinismo. Ese es el gran mal del periodismo que hay que temer. El olvido inmediato del dolor. Me recuerda al instrumento ese que cuenta Millás que su padre inventó: una especie de bisturí que cauterizaba la herida al tiempo que la producía. Nosotros estamos hablando de la herida y al mismo tiempo la estamos despreciando. Está también la falta de verificación, la falta de duda de los periodistas. Y luego se ha abierto un instrumento perverso que es el de las tertulias radiofónicas y televisivas, y el columnismo omnipresente en la prensa que es como una tertulia de voces solitarias en la que cualquier periodista se siente titulado para decir cualquier cosa y quedar impune. Eso es muy peligroso. En España hay un periodista que, preguntado sobre quién quería que muriera antes, en una emisora de Miami dijo que quería que muriera Castro, después Chaves, después Correa, deseó para Evo Morales una enfermedad y para Rodríguez Zapatero, otra. Esto está en YouTube, son las declaraciones que le hacía Federico Jiménez Losantos a Jaime Bayly. Y aquí no ha pasado nada. Es impensable imaginar a un periodista norteamericano, inglés, francés, o alemán que sepa de qué va su profesión y sea capaz de decir semejante cosa.

«He conocido a periodistas extraordinarios que no se distinguían por escribir, sino por saber dónde ocurrían las cosas»

– Como periodista, siempre ha tenido una serie de personajes –amigos– a los que volvía y vuelve una y otra vez: Cabrera Infante, Ángel González, Rafael Azcona, Juan Carlos Onetti, José Manuel Caballero Bonald, Juan Marsé... Pero en Muchas veces me pediste que te contara esos años dice mirar con tristeza el modo en que la agenda se va adelgazando, es decir, que se van muriendo los amigos.

– Eso lo decía Ángel González, fue el primero al que se le escuché decir que cada día se adelgaza más la agenda de los nombres. Es una devastación que tiene que ver con uno mismo. Uno se ve en el tiempo ajeno. Cuando nace un hijo, o un sobrino o un nieto, cualquier parentesco que rejuvenezca tu mirada, uno cree que se está prolongando. Pero hay un tiempo en el que se equilibra la edad y uno ya tiene la edad que tiene. Ya no hay subterfugios. Yo voy a cumplir sesenta años, una edad ya importante. Y sigo teniendo actitudes que me recuerdan al joven que yo fui, con mucha energía, temeroso de perder el empleo. Pero soy consciente de esa edad. Hasta los cuarenta años, la edad es sólo edad. Luego ya es tiempo, el tiempo que falta, el que no tienes. Y cuando falta el tiempo es cuando comprendes lo que es. De la misma manera que cuando te falta alguien te das cuenta de lo que significó para ti. El tiempo es como una persona.

– ¿Y escribir es una forma de luchar contra ese paso del tiempo?

– Sin duda. La gente que no es artista tendrá otras maneras: contemplar los paisajes, cultivar el amor, acariciar, etc. Los escritores, los poetas, los artistas, tienen la vana idea de permanecer en el tiempo gracias a lo que escriben. Ésa es una vana ilusión.

– En el libro reflexiona a menudo sobre el oficio de escribir: «Escribo para tachar el tiempo, para impedir que la realidad sea más importante que el sueño».

– Esta mañana estuve escribiendo sobre sueños. El ser humano es un sueño. Nosotros creemos que somos una realidad y que duramos, y que somos de determinado material. Pero lo que nos alimenta es el sueño. El sueño de ser otra cosa. Y ahora que pasa

**«El gran mal del periodismo
de hoy es el cinismo.
El olvido inmediato del dolor»**

el tiempo y que ya el tiempo es mi vida, yo ya sólo tengo sueños de lo que fui. Ya es muy difícil tener sueños de lo que será. Por eso no comprendo muy bien la vanagloria literaria, por ejemplo. Seres humanos que siguen sintiendo que están para durar, para quedarse: esa frase terrible de Cela «el que resiste, gana». No es cierto. El que resiste, resiste. Mi madre resistió, mi padre resistió... no ganaron. Al final ¿ganar qué? Te acecha la enfermedad, el dolor, las despedidas, a veces incluso te acecha el rencor si no estás preparado para ir en contra.

– *Y contra el rencor, contra el resentimiento le previno ese hombre que fue su maestro y al que también rinde homenaje en el libro: Domingo Pérez Minik.*

– Es que es muy peligroso. Y en el universo de la literatura, del periodismo, es una de las consecuencias de la envidia. Y es uno de los más peligrosos instrumentos del alma. El alma no sólo es noble. En un documental que vi anoche sobre Katherine Hepburn decía de otra actriz: «era mucho más noble que yo». Si uno llegara a la madurez de sentir que su nobleza no es plena y que ha de hacer gimnasia para mejorarla, uno sería mucho mejor.

– *¿Sigue experimentado ilusión al entrar en la redacción, ese olor a tinta y a esfuerzo del que habla, el vértigo de la noticia de última hora que hace cambiar la primera página, la emoción de contar las noticias el primero?*

– Sí. Ayer por ejemplo tenía que escribir mi columna de televisión de hoy y sabía que quería escribir de Lorca. Entonces compré el último libro de Gibson y allí encontré el clima que se le fue creando a Lorca y ese clima me fue indignando. Le llamaban maricón, espía y tantas cosas que en la Guerra Civil tenían unas consecuencias terribles. Pero si tú hoy enchufas determinadas radios o lees determinados periódicos y empiezas a pensar las cosas que se dicen por ejemplo de Zerolo, de Zapatero, de Polanco en el pasado, y pones al lado frases que entonces se dijeron, te planteas ¿el clima de este país sigue siendo el mismo? Probablemente no, pero hay zonas de sombra donde se producen esas agresiones.

**«Esa frase terrible de Cela,
el que resiste gana... ¿Qué quiere decir?
¿Ganar qué?»**

– *¿Siente nostalgia del viejo periodismo, de aquellos personajes con mil historias vividas e inventadas, mucho alcohol, mucha sabiduría y toda la pasión por el oficio?*

– Mucha. E inevitablemente uno piensa que era un tiempo romántico. Los románticos éramos nosotros. El tiempo seguramente tenía de todo: mezquindad, altanería, envidia... pero éramos jóvenes. Como decía Vasco Pratolini «tenías veinte años y eras sincero». Eras sincero, feliz, tenías capacidad de aguantar la noche, de beber... Era otro tiempo porque era otra edad.

– *¿Y a los sesenta continúa ese esfuerzo por ser sincero, por no disfrazarse?*

– Sí. Imagino que hace veinte años yo no hubiera hablado de mi vida, ni de mi profesión, ni de los alrededores de la literatura como lo hago ahora. Porque la literatura no es muchas veces lo que los escritores la hacen parecer. Y cuando vas cumpliendo años te das cuenta de que la solemnidad es un error. Es «el» error. La solemnidad está en los suplementos literarios, en los saraos... pero si la escritura se contagia de esa solemnidad entonces no sirve para nada. Cuanto más desnuda, mejor. Como las mujeres. Y como los hombres.

– *Dice que el periodismo «crea arrogantes, seres de cartón piedra, maledicentes envidiosos, pero es tan hermoso estar dentro de ese camión de la basura»*

– Lo es. Porque lo bueno del periodismo es que siempre que terminas de hacer algo, crees que has hecho lo mejor del mundo. Es más, si tú no piensas que lo que estás haciendo es lo mejor del mundo, no lo terminas.

– *Escribir lo mejor en el mejor lugar, que entonces, para un joven periodista canario era aquel periódico que estaba a punto de fundarse en Madrid y del que un día le habló su amigo Ramón Chao. Y entonces decidió que quería trabajar en El País a toda costa.*

– Recuerdo perfectamente que Ramón Chao me habló por primera vez de *El País* en la barandilla de una casa en la que yo

«Si uno llegara a la madurez de sentir que su nobleza no es plena y que ha de mejorarla, uno sería mucho mejor»